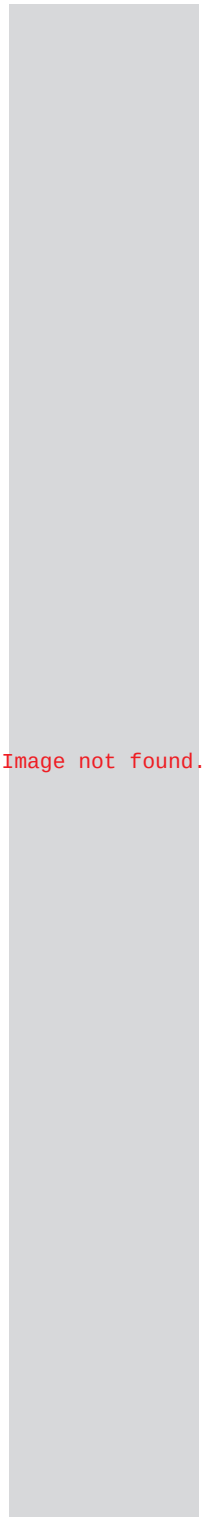
3 de Febrero

Ce Maldonado



Capítulo 1

A veces se me da por escribirte cartas, interminables cartas que recito obsesivamente dentro de mi cabeza. Como si acaso alguna vez fueses a leerlas (suspiro) y sonreír hasta los ojos (como decía Victoria). Como la vez que nos vimos y de la nada te pusiste a canturrear ese temita de *Gainsbourg* (suspiro suspiro) como una loca. Y yo mirándote anonadado mientras los claxons y las hojas y el viento helado, hasta finalmente decidir seguirte y ver cómo entrabas en esa casa enormísima, apenas desviando la cabeza para cerciorarte de que te había seguido, y después perderte entre esa bruma de nada, espejismo carísimo dentro de una botella comprada en algún bazar de *Fez* o de *El Cairo*.

Nos encantaba levantarnos con el sol en la cara, como buscando anestesiar las horas antes del mate, engolosinarnos con los susurros provenientes de las viejas cañerías hasta casi volver a quedarnos dormidos, como en un cuento de acuarelas estrelladas violentamente sobre los azulejos del baño, invadidos por una modorra casi homicida, de esas que te clavan las uñas mientras afuera un hombre en un *Peugeot* espera a que cambie la luz del semáforo, y quizá entonces, sólo entonces, encender un cigarrillo, o quedarnos simplemente abrazados hasta que el reloj marque las tres o las cinco, y con tu mano buscaras mi cintura, dibujando constelaciones alrededor de mi ombligo, como si pudieses borrarme de una bofetada el *Capítulo 7* de *Rayuela*, y en el centro de tu sexo conservaras aún mi aliento, como quien guarda golosinas para darle de comer a las palomas.

Pero al final es todo tan absurdo, tan maravillosamente absurdo y a la vez tan poético. Hasta mirarte a los ojos, así tan de cerca, como si fuesen dos luciérnagas y el universo entero habitara dentro de ellas. Porque en este vertiginoso ir y venir de tu cuerpo contra el mío, he aprendido a besar tu espalda con las yemas de mis dedos.

Pero el amor, esa corona de flores, silencio tibio y perfumado. Si acaso pudieses verme, mirarte como yo te miro, como una bocanada de peces jugueteando entre las nubes y las risas de las señoras. Entonces vendrías a mí, preferiblemente desnuda, subirías las escaleras y me pintarías el techo con un azul casi perdido, minuciosamente olvidado. Me arrancarías de esta ventana, pegándome en tu collage lleno de cebras y

papelitos de colores (*je t'aime, mon amour; je t'aime, mon non plus*).
Mientras afuera llueve y 3 de febrero.